

El literato frente a la política: entre el repudio aristocrático, el compromiso militante y la crítica al poder

The Writer in the Face of Politics: Between Aristocratic Repudiation, Militant Commitment and Criticism of Power

Irene MARTÍNEZ SAHUQUILLO

Universidad de Salamanca
irene@usal.es

Recibido: 2.7.07
Aceptado: 10.10.07

RESUMEN

El presente artículo aborda las relaciones conflictivas entre escritores, en particular, novelistas, y política, centrándose en una época, la época de las dos guerras mundiales y las correspondientes postguerras, en la que una parte importante de ellos participaron de lleno en la política, si bien otros prefirieron mantenerse alejados de ella porque su concepción romántica del arte y su identidad artística les llevaba a despreciar el mundanal reino de la política. En concreto, el objetivo del estudio es examinar las “afinidades electivas” entre una determinada concepción e identidad artística y la actitud del escritor hacia la política a través de siete casos (todos ellos escritores europeos muy conocidos), divididos en dos grandes grupos, que ejemplifican distintas posturas hacia la política y distintas repuestas ante los conflictos originados por la colisión entre valores y lealtades contrapuestos.

PALABRAS CLAVE: Sociología de la literatura, intelectuales, escritores, ideologías, concepción e identidad artísticas, compromiso político, conflicto de valores.

ABSTRACT

The present paper tackles the conflictive relationship between writers, namely, novelists, and politics, focusing on a period, that of the two world wars and the their postwar years, in which a good number of them took part wholeheartedly in politics, although there was another group who preferred to remain disengaged, because their romantic conception of art and their artistic identity led them to despise the mundane realm of politics. In short, the purpose of this article is to examine the “elective affinities” between an specific artistic conception and identity and the attitude of the writer to politics through the study of seven cases (all of them well-known european writers), divided into two groups that illustrate different to positions and different responses to the conflicts generated by the collision between opposing values and loyalties.

KEY WORDS: Sociology of Literature, intellectuals, writers, ideologies, artistic conception and identity, political commitment, value conflict.

SUMARIO

1. Introducción: la relación conflictiva y ambivalente del escritor con la política y el poder. 2. Los dos tipos de concepciones literarias y los dos tipos de escritor en la época de las guerras mundiales: análisis de sus distintas posturas políticas a través de casos representativos. A) El literato en la tradición romántica: la oposición entre arte y política. B) El literato en la tradición ilustrada : el compromiso con la política. 3. A modo de conclusión.

1. INTRODUCCIÓN: LA RELACIÓN CONFLICTIVA Y AMBIVALENTE DEL ESCRITOR CON LA POLÍTICA Y EL PODER

El punto de partida de este trabajo es que las relaciones entre los literatos y la política han sido siempre conflictivas o, al menos, ambivalentes: la oscilación de éstos entre la atracción y la repulsión, el compromiso y la alienación, ha sido una nota dominante de la relación escritores-política en el mundo moderno. Ello no es de extrañar, ya que se trata de dos ámbitos muy diferentes. En efecto, la literatura pertenece al reino de la cultura, del arte, que es una “esfera de valor”, por emplear el término de Weber, muy distinta a la de la política. Si el arte se rige por valores estéticos y, en el caso de una parte de la literatura, también morales, la política es el reino de la acción, un reino por definición pragmático y, por muy impregnada que pueda estar por ideales, tiene que vérselas con la dura realidad, y, sobre todo, se dirige a una función muy distinta a la del literato: la administración del poder. Si aceptamos la definición de Weber de que la política es “la aspiración a participar en el poder o a influir en la distribución del poder entre los distintos Estados o, dentro del mismo Estado, entre los distintos grupos que lo componen” (Weber, 1979:84) y, si aceptamos que todo aquel que hace política “aspira al poder como medio para la consecución de otros fines idealistas o egoístas” (Weber, 1979:84), entonces está claro que la vocación del político y su quehacer diario se contraponen en grado sumo a la vocación y tarea del creador literario, normalmente alejado de la esfera práctica y el poder y muchas veces enemistado con él.

Sin embargo, y situando la cuestión desde una perspectiva histórica, tampoco puede omitirse el hecho capital de que, al menos, durante un periodo largo de la época moderna, los literatos y, en general, los hombres de ideas, por utilizar la expresión de Lewis Coser (Coser, 1997), se han acercado a la política y al poder, han establecido a veces alianzas con políticos admirados (como

ejemplifica el corto idilio de los ilustrados franceses con Napoleón), y han participado en la política, si bien es verdad que, como bien se encargó de señalar Robert K. Merton, la unión entre políticos e intelectuales tiende a ser “desagradable, brutal y corta”¹, como demuestra el caso antes aludido de la colaboración entre los hombres de letras y Napoleón. En cualquier caso, e independientemente de que el escritor participe activamente o no en la política, existe una tradición intelectual, que comienza en la Ilustración, y que prosigue a lo largo de todo el SXIX, que impulsa al literato a interesarse por la cosa pública y a tomar partido, especialmente cuando algún valor sagrado resulta menoscabado por el poder. En esa tradición se entiende que el escritor no puede desentenderse de la política, en primer lugar, por razones morales, pero, además, porque ésta afecta directamente a su actividad: los obstáculos con los que se encontraron los enciclopedistas para llevar a cabo su grandiosa empresa son una muestra de cómo el poder —en este caso no sólo el poder político, sino también el poder eclesiástico— puede interferir, a través de la censura y de métodos aún más drásticos, en la labor del intelectual.

Así pues, los escritores identificados con la tradición ilustrada, activista, y de carácter marcadamente crítico y exigente, han tendido a implicarse en la política y a tomar partido frente a las cuestiones que afectaban más directamente a los valores a ellos más caros, valores universales como la justicia, la libertad o la igualdad, que han sido una de las banderas de los intelectuales liberales desde la revolución francesa. Se puede decir que el caso Dreyfus, además de ser la culminación de esa tradición en Francia, constituye un punto de inflexión en las relaciones de los escritores con la política. Por un lado, irrumpe en el escenario público una nueva figura, la del intelectual, comprometido con la cosa pública y una de cuyas funciones dominantes va a ser la crítica social, política y moral, que va a pervivir hasta nuestros días². Por el otro, al literato se le obliga a escoger entre esa visión más activista de la literatura, que le obliga a tomar

¹ Citado por Lewis Coser (1997), p.140.

² Sin embargo hay autores, como Santos Juliá, que consideran que la figura del “Gran Intelectual”, capaz de influir sobre grandes públicos y de gozar de una autoridad y prestigio indiscutibles, desde Zola hasta Sartre, en Francia, pasando por Ortega, en España, ha entrado en declive. Después de los cincuenta, explica el autor, ya no hay grandes intelectuales porque la escena se ha ampliado y las voces se han multiplicado hasta la proliferación infinita, además de que al intelectual ya no se le reconocen, como otrora, saberes absolutos, pero eso no quiere decir que desaparezca la especie (el intelectual), que, por el contrario, prolifera como nunca. Santos Juliá (1993), p.583-588.

partido en las controversias políticas abiertas en su sociedad (lo cual implica que tiene que “mojarse” políticamente), y una concepción mucho más purista de la actividad literaria, entendida eminentemente como una forma más de creación artística que, como otras artes, no guarda ninguna relación con el prosaico y sucio mundo de la política, por lo que el artista debe mantenerse lo más alejado posible de ésta, refugiado en su torre de marfil.

Pero hay una época, en la que va a estar centrado este estudio, en la que resultaba aún más difícil para el escritor permanecer alejado de la política: la época más dramática a la vez que politizada de la era moderna, la que comprende las dos guerras mundiales y sus posguerras. En este periodo, la figura del intelectual comprometido alcanza su cénit y la mayoría de los escritores del momento se lanzan a participar en la política (incluso en los conflictos bélicos), a abrazar causas y a unirse a partidos. Tal fue la politización de la literatura y el pensamiento que hubo quien lanzó la voz de alarma y denunció, como hizo Julien Benda en *“La trahison des clercs”* (1927), que los intelectuales habían traicionado su vocación y su compromiso con los valores universales y racionalistas de la cultura clásica al abrazar causas particularistas, como el nacionalismo, y defender valores irracionales como la guerra, la fuerza o la voluntad de poder. Incluso en la literatura, sostenía el autor, se han infiltrado las pasiones políticas de tal manera que la parcialidad triunfa, por ejemplo, en la novela, y el escritor traiciona su pasión a la verdad o su voluntad de objetividad (Benda, 1974:69).

Aunque no se acepten las tesis de Benda, quien partía de una idealización del pasado —ese pasado en el que los letrados o “clérigos” eran una clase aparte, dedicada puramente a intereses trascendentales (Hugues, 1972:305)—, lo cierto es que los escritores que saltaron a la arena política se situaron en una posición difícil, que implicaba muchas veces conflictos entre lealtades y valores diferentes, tensiones diversas, así como, en algún momento, la necesidad de escoger entre política y literatura o, al menos, entre la lealtad a un partido o a una causa y la integridad e independencia intelectuales. Y ello es consustancial a la condición del escritor-intelectual comprometido, porque su adhesión a un partido o una causa puede entrar frecuentemente en colisión con su compromiso moral con

unos valores universales, o bien con su propia actividad literaria, como tendremos ocasión de analizar a través de una selección de casos representativos.

Pero en la época considerada también había escritores que no sólo no participaron en las luchas políticas de su tiempo ni se comprometieron con causa política alguna, sino que, además, adoptaron una actitud distante, despectiva y, en ocasiones, de repudio decidido de la política, por considerarla una manifestación más del materialismo y la vulgaridad propios de la sociedad moderna, o por considerar que el escritor, en cuanto que artista, debe permanecer alejado del mundanal ruido de la política porque su reino, el de los valores espirituales, es de otro mundo. Este tipo de escritor no se identifica con la figura del intelectual, sino con la del artista puro comprometido con la creación literaria y con unos valores que, generalmente, son de carácter religioso, como veremos al tratar autores que ejemplifican esta posición.

Precisamente, la tesis de este trabajo es que, incluso en la época de mayor agitación, violencia y polarización políticas de la historia reciente, las posturas frente a la política que adoptaron los escritores fueron diversas, no sólo porque eligieran bandos distintos, sino por su cercanía o lejanía con respecto a la política, así como por el grado y tipo de compromiso político. En particular, me interesa explorar los lazos existentes o, como diría Weber, las afinidades electivas entre un determinado tipo de concepción sobre la literatura y, ligada a ella, una identidad específica de escritor, y una actitud básica hacia la política que determina la disposición a comprometerse políticamente o a mantenerse al margen, así como el tipo de compromiso o de activismo elegidos. Además, me interesa indagar en los conflictos a los que se tuvieron que enfrentar aquellos autores que entraron de lleno en las luchas políticas y experimentaron la dificultad de conciliar no sólo tareas muy distintas, como son la literatura y la actividad política, sino también valores en ocasiones incompatibles.

Antes de empezar con el análisis de los casos elegidos para explorar esa relación conflictiva, de amor-odio, de atracción-repulsión o ambivalente con la política de los escritores de la época, conviene aclarar los criterios que he utilizado para seleccionar a los autores: siete escritores europeos, todos ellos novelistas de primer rango (aunque no sólo novelistas, puesto que

cultivaron otros géneros), y cuyas posturas ante la política oscilan entre el repudio y el desprecio, el compromiso militante y la distancia crítica, aunque las posiciones no sean siempre tan nítidas y, desde luego, tampoco inamovibles, puesto que algunos de ellos evolucionaron de unas a otras. El primer denominador común de los autores escogidos ya se ha dicho: todos ellos vivieron en una época, la que abarca dos guerras mundiales, así como una guerra civil, la española, que fue un foco de atracción para muchos escritores, que les marcó profundamente, como marcó a todas las generaciones del momento. Los siete escritores fueron sacudidos por esos conflictos (algunos se lanzaron a participar exaltadamente en la guerra, como Jünger, otros adoptaron una posición pacifista, como Hesse, otros se sintieron arrastrados por el sentimiento nacionalista, en la I Guerra, y por la oposición al nacionalsocialismo, en la II, como Mann, pero ninguno permaneció, como es lógico, indiferente) y vivieron un clima políticamente enardecido y enrarecido, dominado por la propaganda bélica o postbélica, un ambiente poco propicio para que el literato pudiera escribir libremente sin coacciones de ningún tipo; de hecho, algunos escritores se sintieron tan amenazados por un clima tan politizado, politización que invadía también la esfera literaria, que tomaron como bandera la defensa de la libertad intelectual, como ejemplifica el caso de Orwell.

Pero además de estar los siete autores marcados a fuego por la experiencia de alguna de las dos guerras mundiales y dos de ellos, además, por la guerra civil española, experiencias que determinaron en una gran medida su posición política, también lo están por haber asistido a la expansión, en un caso, e irrupción, en el otro, de las dos grandes ideologías políticas totalitarias de la época moderna, el comunismo y el nacionalsocialismo, que atrajeron cual imanes a muchos escritores. Para estudiar el impacto de esas ideologías del periodo sobre los literatos y los conflictos originados por la adopción, en el caso de algunos escritores, de alguna de ellas, he seleccionado a un escritor que estuvo en la órbita del nacionalsocialismo, Ernst Jünger, y a tres autores que militaron o fueron simpatizantes del Partido Comunista (como Koestler o Sartre) o del socialismo (como Orwell). Ello me permite desvelar las afinidades entre determinadas concepciones artísticas e ideologías políticas, analizar la relación conflictiva con la política que

mantuvieron los escritores que se involucraron en las causas citadas, así como estudiar las distintas respuestas que dieron los cuatro escritores citados al problema: desde el repliegue aristocrático de Jünger, el distanciamiento crítico de Koestler o la perseverancia en la postura comprometida, de adhesión a la causa, de Sartre, pasando por el intento de mantener un equilibrio entre compromiso político y crítica al poder de Orwell.

Por último, la elección del momento histórico se debe a razones que no son sólo de índole política, sino también de orden literario o artístico. Ese periodo me interesa especialmente porque en él convivían, como se ha apuntado, dos tradiciones literarias distintas y dos formas opuestas de entender la actividad literaria y la misión del escritor. Como de lo que se trata de ver es cómo esas dos visiones antagónicas de la escritura determinaron la actitud hacia y la relación con la política de los literatos, en particular, novelistas –pues la novela es el género más cultivado por el escritor de la tradición socialmente comprometida–, el criterio principal para seleccionar y clasificar a los escritores ha sido su pertenencia a las dos corrientes mencionadas, así como su relevancia literaria-intelectual dentro de cada una de ellas. Por ello, los siete casos elegidos han sido divididos en dos grandes grupos, el primero de ellos correspondiente a la tradición romántica, el segundo a la activista-ilustrada. Así, los tres primeros autores, Lawrence, Hesse y Jünger, han sido elegidos por pertenecer de lleno a la tradición romántica (que tuvo su máximo esplendor en Inglaterra y Alemania, los países de donde proceden estos escritores), por identificarse con la figura del escritor-artista puro, que se define a sí mismo en oposición a la profana esfera de lo social (y en oposición a lo burgués), y por adoptar distintas posturas ante la política de su tiempo, desde la ya mencionada adhesión al nacionalsocialismo del primer Jünger (miembro de una generación más joven que los otros dos escritores), quien evolucionó hacia un repliegue elitista de la política y hacia una postura “metapolítica”, como algunos la definen, hasta las posturas antipolítica y apolítica de Lawrence y Hesse, aunque el segundo no permaneció encerrado en su torre de marfil, como veremos. Por su lado, Thomas Mann, aunque está incluido en el primer grupo, porque estuvo muy influido en su primera etapa por el romanticismo alemán, representa un caso inter-

medio, a caballo entre las dos corrientes, dado que evolucionó desde un apoliticismo aristocrático, expresado en sus *Consideraciones de un apolítico*, a una postura muy comprometida con la política, más propia del segundo grupo.

El segundo grupo está formado por escritores de la tradición activista-ilustrada, y lo integran los escritores-periodistas Arthur Koestler y George Orwell, que se convirtieron en dos de los grandes críticos del totalitarismo que ha producido el SXX, así como por el filósofo-escritor Jean-Paul Sartre, elegido por ser el prototipo de intelectual comprometido que convierte su compromiso político en el eje de su vida y de su obra y que, además, tiene mala conciencia por ser un intelectual pequeñoburgués cuya tarea de producir “palabras, palabras, palabras” le coloca en una situación de inferioridad con respecto a los que tienen en sus manos la tarea más importante de transformar el mundo. Los tres tienen en común su concepción totalmente secular de la literatura –para Sartre, la literatura no era más que una modalidad de acción y la obra literaria, lejos de pretender alcanzar la eternidad, debía consagrarse al *hic et nunc*, a las necesidades del presente (Finkielkraut, 2006:29-30)–, la cual contrasta vivamente con la del primer grupo, así como una misma visión socialmente comprometida de la tarea del escritor. Además, han sido seleccionados porque todos ellos tuvieron relaciones estrechas con partidos comunistas: Koestler perteneció al Partido Comunista Alemán; Orwell luchó en España junto al POUM, partido trostkista que se convirtió en la víctima de las políticas estalinistas en España, y luego se afilió al I.L.P (Partido Laborista Independiente), de ideología socialista; Sartre estuvo en la órbita del Partido Comunista francés, aunque no militara en él. Todos ellos se enfrentaron a conflictos y dilemas generados por su doble compromiso con la literatura (o la actividad intelectual en general) y la política. Como se ha adelantado, los tres representan distintas maneras de encarar, resolver o eludir el conflicto.

Evidentemente la lista de los siete escritores, tres de ellos representantes de un tipo de escritor, tres de ellos del otro tipo considerado, y uno, el caso de Mann, exponente de la transición del primero al segundo, no pretende ser exhaustiva, pues se podrían añadir muchos más escritores, ni agota todas las posibles concepciones de la escritura, ni todas las posibles formas que toma la relación del literato con la polí-

tica, ni siquiera en el periodo estudiado. Pero sí contiene un número no desdeñable de casos significativos de escritores cada uno de los cuales representa una variante de esas dos formas anti-téticas de entender la misión de la literatura y el literato en el mundo moderno y de relacionarse con la política que son objeto de este estudio; además todos los ejemplos elegidos permiten explorar el carácter conflictivo de las relaciones entre los escritores y la política que es uno de los focos de interés del mismo. Pasemos, pues, a definir los dos tipos ideales de literato con sus respectivas concepciones de la literatura y a estudiar los casos que los ejemplifican.

2. LOS DOS TIPOS DE CONCEPCIONES LITERARIAS Y LOS DOS TIPOS DE ESCRITOR EN LA ÉPOCA DE LAS GUERRAS MUNDIALES: ANÁLISIS DE SUS DISTINTAS POSTURAS POLÍTICAS A TRAVÉS DE CASOS REPRESENTATIVOS

A riesgo de simplificar, se puede considerar que, como se ha dicho, en el periodo elegido coexistían dos grandes tradiciones literarias, con sus respectivas concepciones sobre la literatura y el escritor. La una, que nace del romanticismo, tendía a contraponer el mundo del arte, de la cultura, de los valores espirituales, el hogar natural del artista, al mundo terrenal, no significativo para el artista, constituido por cosas tan profanas como la economía y la política, ante las que el escritor-artista adoptaba la vieja actitud religiosa expresada en la frase “mi reino no es de este mundo”. La otra tradición, que arranca intelectualmente en la Ilustración y, literariamente, en el movimiento realista, tiene una concepción mucho más mundana del arte y el escritor, concebido como conciencia y órgano moral de la sociedad, y hace de la crítica social uno de los ejes de su obra, en especial la novela, que es el género que voy considerar. Lógicamente este tipo de escritor, lejos de sentir la política como algo ajeno, que no le concierne, se siente llamado a involucrarse políticamente, aunque no necesariamente mediante la militancia en un partido.

Para entender la diferencia sustancial entre las dos concepciones e identidades literarias, se puede acudir a la clásica dicotomía sociológica sagrado-secular. La primera concepción de la literatura considera a ésta como una misión cua-

si-religiosa, y el literato tiene un aura sagrada, como tiene, en alemán, la vieja palabra para referirse al poeta o al creador literario *Dichter*, con la que los escritores alemanes de la primera tradición se sentían identificados. En cambio, en la segunda tradición, la literatura es vista como un oficio que, por mucho valor que pueda otorgársele, es enteramente secular: este carácter profano del oficio de escribir y del escritor queda reflejado en la palabra totalmente neutra y descriptiva para nombrar al escritor en alemán *Schriftsteller* (el que presenta escritos). La contraposición entre *Dichter* y *Schriftsteller* resulta, pues, útil, al menos en el ámbito de habla alemana, para indicar dos definiciones completamente distintas del escritor, que tienen consecuencias de enorme importancia tanto en lo que se refiere a la construcción de la propia identidad de éste como en lo que atañe a su postura frente a la política, la cual, a su vez, viene determinada por su postura ante el mundo.

De hecho, hay otra distinción sociológica que resulta sumamente útil para entender las dos visiones de la misión literaria que se incardinan en sendas visiones del mundo: la distinción weberiana intramundana-extramundana para caracterizar orientaciones religiosas. En efecto, el escritor-artista de la corriente neorromántica adopta una actitud extramundana frente a la sociedad, toda vez que el mundo externo se le antoja irreal, falso, pura mascarada, frente a la verdadera realidad, que se halla en el interior del alma humana. Por el contrario, el escritor-intelectual de la tradición ilustrada, realista e identificada con los valores de la modernidad³, tiene claramente una actitud intramundana, que le lleva a interesarse por todo lo que ocurre a su alrededor y de lo que toma buena nota porque forma parte de la trama de sus obras. Este tipo de escritor se compromete con la “realidad” (que el otro tipo de artista desdeñaba) en un doble sentido, cognitivo y moral: porque le interesa como estudioso del mundo social que es⁴, y porque cree que ese conocimiento, reflejado en su obra, puede contribuir a su perfeccionamiento.

Por supuesto, estos dos tipos bosquejados no agotan todas las posibles formas de entender la literatura y la misión del escritor de la época:

han de ser tomados sólo como tipos ideales que nunca van a coincidir del todo con la realidad empírica. Precisamente, lo que pretendo hacer a continuación es, mediante el análisis de casos representativos, analizar la diversidad de variantes a los que dan lugar ambos tipos, especialmente en lo que atañe a la cuestión que aquí interesa: la postura frente a la política.

A) EL LITERATO EN LA TRADICIÓN ROMÁNTICA: LA OPOSICIÓN ENTRE ARTE Y POLÍTICA

En este apartado, voy a considerar dos casos representativos de escritor neorromántico apolítico, un caso singular de escritor que, tras una etapa de intensa actividad política, evolucionó hacia una postura que algunos califican de “metapolítica” y, por último, un caso que sirve de puente entre las dos tradiciones y los dos tipos de escritor, ya que presenta rasgos de ambos.

— *El escritor antipolítico: el novelista D.H. Lawrence.*

El escritor inglés D.H. Lawrence puede tomarse como un ejemplo representativo de literato que se concibe a sí mismo como artista y que considera el arte como una misión sagrada. En una carta de 1913 declaraba que “hay que ser terriblemente religioso para ser artista” (Lawrence, 1932:109), y sus obras rezuman un espíritu religioso que se expresa, entre otras cosas, en la voluntad de reencantar el cosmos y, en general, la vida. El carácter religioso de la obra de Lawrence también se manifiesta en el lenguaje, procedente en su mayor parte de la Biblia, en el tono profético que adopta el autor y en muchos pasajes que parecen sermones de un predicador. Por lo tanto, aunque Lawrence sea un novelista del SXX, el espíritu que anima su obra está lejos de ser el que se espera de un literato moderno. Su arte se enmarca de lleno en la tradición romántica y, de hecho, Lawrence tiene mucho en común con el poeta prerromántico William Blake y, posteriormente, con la tradición del antiindustrialismo romántico inglés que culmina en el SXIX en las obras de Carlyle, Ruskin y

³ Como sostengo en mi libro *La revuelta contra la civilización. D.H. Lawrence y el romanticismo antimoderno*, el neorromanticismo es un movimiento manifiestamente antimoderno, al contrario que el realismo, que es un movimiento ligado a la modernidad.

⁴ En mi artículo “Anomia, extrañamiento y desarraigo en la literatura del SXX: un análisis sociológico” (1998), trato las afinidades electivas entre la literatura y la sociología, pp. 223-228.

Morris (aunque éste último se convirtió al marxismo⁵). Y, como buen artista romántico, se vio sí mismo como un genio incomprendido y asumió el rol de mártir –se llegó a pintar como un Cristo crucificado–, además del de *outsider* frente a la sociedad de su tiempo.

Es evidente que un escritor tan quijotesca-mente enfrentado al mundo moderno, tan empeñado en ser el líder espiritual de una “revuelta contra la civilización” (Martínez Sahuquillo, 2001), no podía sino repudiar la política, de la que se sentía totalmente ajeno, una repulsión que se acrecienta en el periodo de la Gran Guerra, que le marcó profundamente pues acrecentó su sentimiento aristocrático frente a las masas, cuya manifestación más vil era la prensa amarilla con su populismo patrioter. Las cartas de este periodo están repletas de palabras despectivas contra la masa: *mob, populace, herd, canaille*.. A partir de entonces, se convirtió en un enemigo mortal de la sociedad de masas y sus críticas a la democracia se pueden explicar por ese motivo: porque la democracia se basa en la nivelación de todos los hombres, que son segados como “hojas de hierba” (en alusión a Whitman), y en el aplebeyamiento universal. Además, el poder que él teme en cuanto que individuo que se siente perseguido es el poder de la masa, poder que se expresa siempre en amedrentamiento (*bullying*). Pero igual que su odio a las masas le enajenó de la democracia, también le mantuvo alejado del fascismo, movimiento que le produjo repulsión precisamente por ser un movimiento de masas.

Por lo tanto, la postura de Lawrence hacia la política puede ser tildada o bien de apolítica, en la medida en que sus preocupaciones eran espirituales o religiosas y no políticas, o bien de antipolítica por la crítica que hace a todas las ideologías y sistemas políticos de su tiempo. Es un escrito apolítico por su individualismo aristocrático, que le lleva a oponerse a todo lo que sea colectivo o social, por su orientación extramundana y por su convicción de que los males de la civilización moderna sólo tienen una cura: la cura espiritual, del alma. Para él la lucha que había que librar no era la lucha de clases, sino la lucha que se establece dentro de cada ser humano entre el ego autoconsciente y el viejo Adán espontáneo

(Lawrence, 1970: 769). Pero también es un escritor antipolítico por el ataque furibundo que hace a la política moderna, incluyendo al sistema democrático. En efecto, para Lawrence todas las ideologías políticas son condenables porque todas ellas se basan en el idealismo –que sustituye la vida por abstracciones– y en el no menos aborrecible materialismo, que hace girar todo en torno a la posesión de propiedad. Eso sí, sus ideas políticas son todo menos claras. En ocasiones arremete contra el socialismo –a pesar de ser hijo de un minero, no quería tener a sus hermanos de clase como amos, dice en una carta de 1915 (Lawrence, 1932:300-301)–, pero en un libro de historia dirigido a escolares declara que una buena forma de socialismo, si se pudiera conseguir, sería la mejor forma posible de gobierno (Lawrence, 1971: 315). A su vez, en multitud de ocasiones, se declara antidemócrata, además de antisocial, y en el citado libro explica que los ministros, “criados de la masa”, hacen de la democracia algo vergonzoso (Lawrence, 1971: 319), mientras que, al menos, los viejos monarcas intentaban revestir el poder de cierta nobleza. Pero en una carta de 1915 había matizado su postura diciendo que no era democrático, “salvo en política” y, tras explicar que la vida es una cuestión de aristocracias y expresar su desapego respecto del Estado, pues “uno no tiene hermanos por convenio”, había terminado con la frase lapidaria: “en la medida que soy yo mismo: *Fierté, Inégalité, Hostilité*” (Lawrence, 1932: 213). Como se ve, la oposición entre individuo y sociedad, artista y masa, le empujaba a enajenarse de la política y a adoptar una posición semejante a la de Nietzsche, que se definía a sí mismo como “antiliberal hasta la maldad” (Mann, 1986: 168). En todo caso, y por seguir con la comparación, Lawrence tenía un espíritu revolucionario, pero lo que él quería era una revolución por la vida: era del Partido de la vida, como Nietzsche. Está claro que la revolución con la que él soñaba no era una revolución política, sino espiritual, y no podía tener cabida en el marco político convencional.

— *El escritor apolítico: el Dichter Hermann Hesse.*

El escritor alemán Hermann Hesse pertenece también a la categoría de escritor-artista –así co-

⁵ El caso especial de Morris lo trato en el artículo “William Morris y la crítica a la sociedad industrial: una síntesis singular de radicalismo romántico y marxismo”(1994).

mo a la de *Dichter* en sentido pleno- que se identifica con la figura del artista antes que con la del intelectual. De hecho, a él no se gustaba nada esta última palabra y, en un escrito suyo de 1918, habla con desagrado de la politización del espíritu y le parece horrible que un *Dichter* se llame a sí mismo intelectual, lo que supone, dice, no comprender en absoluto su misión (Hesse, 1957: 151). Esos escritores que se llaman a sí mismos intelectuales, opina, suenan como un amante que se llamara a sí mismo “especulador en acciones del corazón” (Hesse, 1957: 152). Y es que su concepción literaria y su consiguiente identidad artística se inscriben de lleno en la tradición romántica alemana, la de Jean Paul, Brentano o Hölderlin –su biógrafo Hugo Ball lo considera el último caballero andante del romanticismo (Ball, 1956: 22)– y, como buen romántico, Hesse desdeñaba el mundo de la realidad externa, aparente, para centrarse en el interior del sujeto, ya que su religión era una religión intimista, que hace del interior del individuo la *civitas dei*. Como Lawrence, un hombre profundamente religioso, un “buscador de sentido”, se sentía también un exiliado en el mundo moderno: como plantea en *El lobo estepario*, resulta enormemente difícil encontrar la huella de Dios en unos tiempos tan burgueses, tan faltos de espiritualidad y, en sus palabras, “a la vista de estas arquitecturas, estos negocios, de esta política, ¡de estos hombres!” (Hesse, 1974: 31). Así pues, vivió toda su vida sintiéndose un *Aussenseiter*, y lejos de intentar integrarse en el mundo, eligió una vida retirada, en Suiza, aunque también emprendió viajes a Oriente en búsqueda de luz espiritual. Su orientación vital era claramente extramundana y llevó la *Weltfremdheit* (ajenidad al mundo) característicamente romántica hasta sus extremos.

Es natural que un escritor tan profundamente alienado de su sociedad y su época y tan convencido de que el camino que hay que emprender es el *Weg nach innen*, el camino hacia el interior, no se sintiera demasiado preocupado por la política. Su misión como escritor, desde luego, no era de carácter político. La literatura se ocupa de lo eterno, no de lo terrenal, y el escritor es como un héroe o un santo, es, en todo caso, la antípoda del filisteo, que es una oposición característica de la visión romántica del artista (Neumann, 1992: 76). Además, al igual Lawrence, Hesse sentía desconfianza hacia el racionalismo, que impregna toda la política moderna, con su pre-

tensión de someter la vida a un plan. Así, en *El lobo estepario*, Hesse expresa la idea, a través de un personaje llamado Gustav, de que tanto el ideal americano como el ideal bolchevique violentan y saquean la vida, al simplificarla de forma *naïf* (Hesse, 1974:205). Y, en general, como Lawrence, no creía en las soluciones colectivas a los problemas planteados por la modernidad; la expiación de los pecados era un acto individual, como él hacía con su psicoanalista.

Sin embargo, y pese a que su posición básica ante la política pueda ser tachada de apolítica, no permaneció totalmente ajeno e indiferente a la política: tomó partido en cuestiones clave. Así, cuando estalló la I guerra mundial, Hesse estuvo, junto con Karl Kraus, Heinrich Mann y Stefan Zweig, en el grupo minoritario de escritores que no participaron en la psicosis de la guerra y en 1914 publicó su escrito *¡Oh, amigos, no en este tono!*, donde se declaraba seguidor de Goethe y de su internacionalismo (Hesse, 1957: 48). Más tarde, se pronunció claramente contra el antisemitismo y el nacionalsocialismo. Además, el ascenso del nacionalsocialismo le movió a estudiar su alternativa ideológica, el marxismo, y llegó a sentir simpatías por el comunismo. En su escrito titulado *Carta a un comunista*, explica que el que él no sea un comunista activo se debe a que es incapaz de afiliarse a un partido (Michels, 1979:249). A pesar de que su corazón estaba del lado de la izquierda, nunca fue un hombre de partido, al contrario que Bertolt Brecht, al que consideraba el único *Dichter* auténtico entre los comunistas alemanes (Michels, 1979:256).

Por lo tanto, hay que matizar considerablemente la definición de Hesse como un escritor apolítico. Como se ha visto, sí tomó partido frente a los acontecimientos de la época, aunque se mantuviera alejado de la política práctica, absorbió en su literatura y su peregrinaje espiritual. Para clarificar su postura ante la política, lo mejor es acudir a palabras del propio autor, quien, en una carta a estudiantes franceses de 1951, explica que, a diferencia de su personaje Peter Camenzind, no ha permanecido en la postura de eremita de éste, sino que, por el contrario, “en el curso de mi evolución no me he desentendido de los problemas de la época y nunca he vivido –como mis críticos políticos opinan– en una torre de marfil, pero el primero y más acuciante de mis problemas nunca fue el Estado, la sociedad o la Iglesia, sino el ser humano singular, la indi-

vidualidad, el individuo único, no normalizado” (Michels, 1979:82). Queda claro que sus metas principales y sus preocupaciones centrales no eran de carácter político; es en este sentido en el que cabe considerarle un escritor apolítico, además de en el sentido de que nunca fue un activista y su “apoliticismo pacifista” hizo que los nazis permitieran la publicación de, al menos, algunos de sus libros y no le consideraran un enemigo declarado. Además, el carácter no político de su obra y de su persona explica el hecho de que la resonancia que ha tenido aquélla se debe a que ha conectado con todos aquellos, en especial los jóvenes de la contracultura de los 50-60, que, como el autor, estaban inmersos en un viaje de autodescubrimiento y necesitaban un guía espiritual. Una de las enseñanzas de Hesse es que el primer paso para ese autodescubrimiento—que exige la liberación de la cárcel de la propia personalidad—es el apartamiento de la sociedad, lo que indica hasta qué punto el camino que predicaba Hesse se hallaba lejos de la esfera política.

— *De hombre de acción y propagandista del nacionalsocialismo a escritor metapolítico: el caso singular de Ernst Jünger.*

El escritor Ernst Jünger, aunque ha sido incluido en la misma tradición de oposición a la política que Lawrence y Hesse, diverge en puntos esenciales del tipo esbozado, así como de los artistas tratados. En primer lugar, Jünger pertenece a una generación más joven, la generación de 1914, marcada por una conciencia muy fuerte de ruptura frente a la generación anterior y de ruptura, también, con todos los valores propios del SXIX. Como miembro de esa generación, Jünger participó de forma entusiasta en la guerra, convirtiéndose en el soldado alemán más condecorado de toda la contienda y, como héroe de guerra que era, fue aceptado como el portavoz de la generación del frente (Wohl, 1979: 58). Por lo tanto, antes de ser escritor, Jünger fue hombre de acción, un soldado, y la guerra fue, para él, la escuela de la vida, así como la forma de escapar del vacío y la nulidad de la aburguesada civilización occidental. En esto se diferencia de otros artistas y hombres de letras: en que fue a la vez, como señala Luis Fraga, un fino hombre de letras de corte erasmista y un guerrero (Fraga, 2006:85). Y fue también, por un lado, un *Dichterphilosoph* que escribía novelas y ensayos de índole muy filo-

sófica y metafísica y, por el otro, un autor político que contribuyó a definir la ética y la estética del nacionalsocialismo a partir de elementos tan diversos como el anticapitalismo romántico (en su variante de derechas), el irracionalismo, el vitalismo y el modernismo: Jeffrey Herf, en *El modernismo reaccionario*, lo encuadra en el ala derecha del modernismo, que se vio arrastrada al fascismo, como Ezra Pound, Wyndham Lewis, Marinetti, Celine y D’Annunzio (Herf, 1990: 169).

Así pues, si este autor manifiesta una oposición a la política, es tan sólo a la política liberal de las democracias en tiempos de paz, a la política burguesa, desprovista de carisma; en cambio, se lanzó de lleno a participar en la guerra, donde encontró los valores que en la sociedad burguesa estaban ausentes: el valor, la aventura, la proximidad a la muerte, la camaradería masculina, la fusión en un nosotros compacto y la liberación del viejo yo. Luego, en los años veinte y treinta, participó en la llamada “revolución conservadora”. Aunque no se unió al Partido Nazi, y aunque despreciase a Hitler, por considerarlo un plebeyo y el prototipo de demagogo, nunca condenó el nazismo, y desde 1925 hasta 1933, publicó más de 130 ensayos en las pequeñas revistas de la extrema derecha (Herf, 1990: 176). Sin embargo, conviene recalcar que, pese ser un escritor político, se abstuvo de participar en los partidos u organizaciones políticas formales, ya que favorecían la “rutinización del carisma”, dicho en palabras de Weber, y Jünger sólo estaba dispuesto a formar parte de una comunidad carismática, como la nacida en el frente (Herf, 1990: 177).

En cualquier caso, su postura política evolucionó profundamente a lo largo de su larguísima vida. Al menos, hay que distinguir dos etapas: en la primera, como hemos visto, domina el activismo. Literariamente, sus ideas de este periodo frugan en dos grandes “figuras”: la del soldado—el héroe de *Tempestades de acero* (1920)— y la del trabajador, continuación de la anterior, y que es el tema del ensayo del mismo nombre publicado en 1932. Ambas figuras representan la anulación de la persona en lo colectivo (Esparza, 2006:168) y el intento de imaginar un superhombre nietzscheano supeditado a un régimen de movilización total. En esta época piensa que tanto el fascismo italiano como la industrialización de la URSS ofrecen visiones del nuevo orden donde el hombre nuevo, el trabajador, estu-

viera al servicio del Estado, a cuyas demandas de planificación autoritaria se sacrificaría su libertad individual. La relación del individuo con el poder es de sumisión voluntaria, como expresa el siguiente pasaje de *El trabajador. Dominio y figura*: “la más honda felicidad del ser humano consiste en ser sacrificado y el arte supremo de mandar consiste en señalar metas que sean dignas del sacrificio” (Jünger, 1993:76).

La segunda etapa empieza en los años 1934-37, cuando Jünger toma distancia de sus artículos y ensayos de contenido político y empieza a sufrir las consecuencias de la aplicación de un Estado totalitario: desde registros domiciliarios a otro tipo de amenazas. Se inicia la fase de exilio interior bajo la consigna “resistir con la pura potencia del espíritu” (Esparza, 2006:169) y se convierte en un disidente, aunque no le plante cara al régimen nazi. A partir de 1939, sostiene Luis Fraga, su aproximación al poder ya no será política sino metapolítica (Fraga, 2006:90). En especial, tras la II Guerra Mundial, el escritor se aleja del mundanal ruido y se recluye en la casa de los guardeses del castillo de los Stauffenberg en la Selva Negra. A partir de entonces, se va a preocupar, más que por la cuestión de la forma de gobierno, por las relaciones del individuo con el poder. Así, a lo largo de los años concibe dos figuras que sustituirán a la del soldado y la del trabajador: el emboscado y el anarca. Así, en *La emboscadura* (1949), Jünger plantea la figura del emboscado, cuya libertad interior le permite vencer al miedo y, así, establecer su soberanía y poder llegar a hacerle frente al Estado. Por su lado, en *Eumeswil* (1977), se recrea en la figura del anarca, que es el prototipo de hombre estoico, que conoce las reglas del juego y puede utilizarlas en su propio beneficio, sin necesidad de tener que someterse a la sociedad o al Estado.

Por lo tanto, el recorrido intelectual y político que hizo Jünger en su vida fue tan largo como lo fue ésta, recorrido que arranca en la defensa del sometimiento del individuo a un poder superior y termina en la vindicación del individuo singular y su soberanía. Al final, el escritor parece haber evolucionado hacia una posición “metapolítica”: no se adhiere a ningún “ismo” (ni siquiera al anarquismo, sólo es anarca), no se considera ni de izquierdas ni de derechas (para caminar, dice, necesitamos un pie derecho y uno izquierdo); lo principal, para él, es que la élite gobernante, formada en el dolor, asuma su responsabilidad

(Fraga, 2006:108). En definitiva, Jünger resulta un escritor muy difícil de categorizar políticamente. Es político sólo en un sentido extramundano, tal y como indica Herf, ya que buscaba en la política la salvación de las almas, en lugar de propósitos más mundanos, lo cual le coloca en las tradiciones románticas, que debieran permanecer alejadas de la política, de acuerdo con el viejo análisis de Weber (Herf, 1990:165).

— *De escritor “apolítico”, heredero del romanticismo alemán, a intelectual comprometido: Thomas Mann.*

La trayectoria de Thomas Mann ejemplifica un caso de transición entre los dos tipos de escritor, ya que está marcada por el paso de una postura semejante a la del *Dichter* romántico, identificado con la oposición entre arte y política, cultura y civilización, a una posición mucho más próxima a la del intelectual políticamente comprometido. También interesa su caso porque, desde el principio, había una mezcla de las dos visiones de la literatura y el literato en Thomas Mann. Su doble identidad literaria queda puesta de manifiesto en el *Relato de mi vida*, en el que el autor se refiere a la distinción que hacen los alemanes, y hemos hecho aquí, entre *Dichter* y *Schriftsteller*, y se niega a elegir entre ambas categorías que, dice, tienen límites imprecisos (Mann, 1980:50). En todo caso, él sí se identificaba con la palabra *Dichter*, como se refleja en sus *Consideraciones de un apolítico*, la obra en donde más se manifiesta su concepción romántica del arte, en la que habla indistintamente como *Dichter* y como *Künstler* (artista).

En Thomas Mann, como en Jünger, se pueden distinguir básicamente dos etapas y dos posturas ante la política. En la primera etapa, todavía se adhiere a la antítesis romántica entre cultura y civilización y mantiene, en su libro *Pensamientos durante la guerra* (1914), que el arte posee un carácter apolítico y tiene poco que ver con la sociedad y las formas del Estado (Karst, 1974:109). Estas ideas están más desarrolladas en su primera obra “política” de envergadura, que escribió entre 1915 y 1918, *Consideraciones de un apolítico*, donde el autor separa tajantemente los dos planos, el del arte y la política, además de afirmar que la democracia es un elemento totalmente ajeno al espíritu alemán. Bien es cierto que las tesis polémicas de este libro no pueden entenderse sin tener en cuenta el elemento personal: que se trataba de

un ajuste de cuentas con su hermano Heinrich, del que estaba enemistado, y quien representaba para él el prototipo del *Zivilisationsliterat* o literato civilizador, su adversario. Heinrich, que había estado contra la guerra, al contrario que su hermano, había escrito un ensayo sobre Zola en el que condenaba el imperio alemán del Kaiser Guillermo y en el que arremetía contra los “simpatizantes espirituales” del poder establecido (Karst, 1974: 115). Thomas Mann se sintió aludido y vapuleó a su hermano en la figura del literato civilizador. Frente a éste, Mann se sentía comprometido con la cultura alemana y creía que Alemania debía mirar en dirección al Este: a Rusia. Pero sus *Betrachtungen* marcan el fin de una etapa y la transición hacia otra. En el *Relato de mi vida*, Mann considera esta obra como “una batalla última, suprema, valiente de la burguesía romántica al emprender su retirada ante lo “nuevo” (Mann, 1980: 49).

Fue en la década de 1920-30 cuando Mann evoluciona hacia una postura cercana a la del literato civilizador y comienza a identificarse con los valores occidentales, iluministas, humanistas y progresistas, como los defendidos por Settembrini en *La montaña mágica*. Ya en los años veinte se había acercado a Whitman, el poeta de la democracia, pero, sobre todo, su giro intelectual va a estar marcado por el acercamiento a Goethe, el representante del humanismo y el universalismo que será su inspiración hasta su muerte. Pero lo que originó su politización definitiva fue el ascenso del nacionalsocialismo. El escritor, que apoyaba a la república de Weimar, de la que era una suerte de representante cultural, se sintió repelido desde el principio por ese movimiento “fascista”, como él lo llamaba, y ya en 1921 lo descalificó con frases como “disparate con esvática” (Kurzke, 2004:308). Su posición frente el nazismo, esa recaída en el oscurantismo, esa “barbarie romántica” (Kurzke, 2004:381), fue siempre firme, si bien, en sus primeros años de exilio, de 1933 a 1936, tuvo buen cuidado en no irritar a las autoridades nacionalsocialistas con pronunciamientos públicos, ya que tenía miedo de perder a su público alemán, además de su casa en Múnich, lo cual le acarreo problemas en su propia familia (especialmente con sus hijos) y originó una distancia con otros escritores del exilio.

Sin embargo, a partir de 1937, Mann se convierte en un intelectual comprometido y compagina su incansable trabajo literario con una agitada actividad como periodista político que da

conferencias, emite declaraciones, escribe artículos y ensayos de índole política y, entre 1940 y 1945, envía cada mes un mensaje radiofónico a Alemania por medio de la BBC de Londres. Tan consciente era de su papel del “gran intelectual”, de representante de la cultura alemana, que cuando, en 1938, pisó suelo americano pronunció la célebre frase “donde estoy yo, está Alemania” (Kurzke, 2004: 386). En América prosiguió su actividad política y, entre otras cosas, hizo campaña a favor de Franklin D. Roosevelt, a quien conoció y admiraba. Además se fue aproximando cada vez más a la izquierda. Tanto es así, que llegó a tener problemas en EEUU, cuando comenzó la guerra fría, porque era sospechoso de tener simpatías por el comunismo; incluso se le llegó a denunciar como *fellow traveler* de Moscú (Kurzke, 2004: 570), y la atmósfera llegó a ser tan irrespirable que decidió volver a Europa.

Así pues, Thomas Mann, tras una dolorosa evolución, en la que intervinieron factores intelectuales pero, fundamentalmente, acontecimientos históricos traumáticos, evolucionó hacia la posición que había criticado en la época de la Gran Guerra, la del literato civilizador que se implica moralmente a favor de los valores humanistas y democráticos de la civilización occidental, así como hacia una postura más activa políticamente. En el fondo, la segunda posición, me refiero a la de literato civilizador, era más coherente con su concepción sobre la novela, el género que él cultivó, ya que, como defiende en su ensayo *El artista y la sociedad*, la función de aquélla es, por naturaleza, la crítica social y es por ello que la novela está ligada a la democracia (Karst, 1974:249). Pero una cosa es apoyar moralmente a la democracia y otra cosa es involucrarse tan activamente en la política como él hizo. Ese activismo se explica más por la época que le tocó vivir al autor que por una disposición personal. Al menos eso es lo que se desprende de sus cartas; así, en una carta de 1938 confiesa que “a la política me han impulsado única y exclusivamente las circunstancias, muy en contra de mi naturaleza y de mi voluntad” y en una anterior de 1934 había explicado que se inclinaba profundamente hacia la izquierda, pero no por ser por naturaleza de izquierdas, sino porque “el barco amenaza por zozobrar por la derecha” (Kurzke, 2004:284). En cualquier caso, lo que demuestra el caso de Thomas Mann es que la relación del escritor

con la política depende no sólo de su concepción acerca de la literatura y la misión del literato, sino de los factores históricos que pueden alterar tanto una cosa como la otra.

B) EL LITERATO EN LA TRADICIÓN ILUSTRADA: EL COMPROMISO CON LA POLÍTICA

Los casos que voy a considerar en este apartado son todos ellos de escritores que se sintieron atraídos por el socialismo o por el comunismo, que militaron o estuvieron en la órbita de partidos socialistas o comunistas, y que se tuvieron que enfrentar al dilema de tener que elegir entre literatura y política, entre independencia intelectual y adhesión a una ideología sectaria, en algunos casos, o bien a otros conflictos surgidos por su postura hacia la política. Básicamente son tres las trayectorias que voy a ilustrar mediante los tres escritores elegidos: la del escritor que, tras una etapa de militancia política y adhesión al comunismo, sufre una crisis, revisa su anterior etapa, hace crítica del régimen que había apoyado y decide distanciarse de la política; la del escritor que, pese a convertirse en un crítico implacable del régimen comunista, no abandona el compromiso con la política, y, por último, la del escritor que, una vez adoptada la causa y el papel de “intelectual revolucionario”, permanece fiel a ambos sin revisar a fondo el planteamiento, pues la lealtad política se antepone a otras posibles lealtades.

— *Arthur Koestler: de activista comunista a crítico del comunismo y escritor alejado de la política.*

El escritor Arthur Koestler representa un caso típico de intelectual marcado por los acontecimientos políticos de su tiempo, que participó de lleno en la política activa- fue sionista primero, miembro del Partido Comunista Alemán, después, agente de la Komintern, y, como otros tantos, estuvo en la Guerra Civil española (de corresponsal), donde fue apresado y condenado a muerte, por mencionar algunos hitos de su trayectoria política —y que sólo abandonó la militancia comunista tras la alianza de Hitler y Stalin y los procesos de Moscú, aunque su ale-

AMIENTO del comunismo había empezado a fraguarse en la cárcel española. Se puede decir que fue activista político primero y escritor después.

Su concepción de la literatura, como de todos los escritores que voy a tratar en este apartado, es una concepción totalmente secularizada y mundana; la novela, para él, que había tenido una formación científica y que se ganaba la vida como periodista antes de ser literato, era la forma artística que más se aproximaba a las ciencias sociales, ya que no hay, expone en su libro *El acto de creación*, una ruptura radical entre la ciencia, que supuestamente busca la verdad verificable, y el arte, que supuestamente aspira a la belleza. En particular, él sitúa a la novela, en una escala que va del polo objetivo (verificable) al polo subjetivo (emocional), tras la psicología, la antropología, la historia y la biografía, y antes de la épica y la lírica, que sería la forma literaria más próxima al polo subjetivo⁶. El literato, se desprende de esta concepción, lejos de ser alguien apartado del mundo, situado en un plano superior de la realidad, como lo veían los escritores de la tradición romántica, es alguien comprometido con el mundo y con la realidad, que aspira a transmitir en sus novelas.

El conflicto al que se tuvo que enfrentar Koestler o, mejor, uno entre muchos, es que al abrazar la fe del comunismo y al ingresar en un “sistema cerrado”, como él describe al marxismo, no podía ver la realidad tal y como era pues, según él mismo explica en su autobiografía *Flecha en azul*, un “sistema cerrado” es un “sistema que se niega a ser modificado por nuevos hechos observados”, y que, añade, priva al hombre que ha entrado en su círculo mágico de un suelo firme sobre el que asentar sus facultades críticas (Koestler, 2005a: 308). Además, el marxismo conseguía reducir la complejidad de tal manera que cualquier situación, por compleja que fuera, con sus miles de matices, quedaba convertida en un cuadro en blanco y negro, que aplicaba la eterna dualidad bien-mal, luz-oscuridad (Koestler, 2005a: 339). Analizando esa mentalidad retrospectivamente (en 1952), Koestler señala que se da con frecuencia entre la *intelligentsia*, por lo que cabe denominar a esos intelectuales —y él se contaba entre ellos— “imbéciles inteligentes” (Koestler, 2005a: 340). Por eso cuenta, en su segundo libro autobiográfico, *La*

⁶ Esto lo expone en *El acto de creación*, Libro Primero (1964), Londres, Huteson, que he consultado en la página www.ucm.es/info/per3/cic/numero7/11koestler.pdf.

escritura invisible (de 1954), que, para él, como escritor, la fe tuvo un efecto paralizante sobre sus facultades creativas (Koestler, 2005b: 35).

La evolución ideológica de Koestler fue gradual, pues como él mismo dice, “la muerte de una fe es gradual y lenta” (Koestler, 2005b: 474); aunque estuvo en el Partido Comunista desde 1931 hasta 1938, empezó a sufrir decepciones y a experimentar disonancias desde muy pronto. Así, en el año 1932-33, hizo un viaje a la Unión Soviética, con su carné del Partido, y se encontró con una realidad muy alejada del ideal. La vida que encontró allí le resultaba deprimente y, además, vivió dos acontecimientos traumáticos: traicionó a una mujer con la que había tenido una relación sentimental al Partido (como hace su personaje de Rubachof en *El cero y el infinito*), porque con ella tenía una relación, pero con el Partido no era una relación lo que tenía, sino una “identidad” (Koestler, 2005b: 127), y participó en un juicio en Turkmenistán –él en calidad de delegado extranjero– contra unos pobres hombres víctimas de una purga, lo que le hizo darse cuenta de que “él estaba del lado del Poder”, mientras que los acusados eran impotentes. Explicando su conflicto, Koestler dice, en *La escritura invisible*, que “un revolucionario puede identificarse con el Poder, un rebelde no puede; pero yo era un rebelde, no un revolucionario” (Koestler, 2005b: 148). Sin embargo, el ascenso de Hitler renovó su fe en el comunismo y empezó una segunda luna de miel con el Partido. No sería hasta el año 1936-37 cuando empezó a cambiar su orientación política y su actitud a la existencia; no sólo por su reacción moral de indignación hacia las purgas en Rusia, que empezaron a adquirir proporciones gigantescas, sino por una vivencia que tuvo cuando se hallaba preso en una cárcel española, sin saber si sería ejecutado: la vivencia del sentimiento oceánico descrito por Freud y que le hizo descubrir una dimensión nueva en la vida que su mentalidad científica había pasado por alto.

Pero la crisis no llegó hasta 1938, cuando, con motivo de una charla que iba a dar sobre la guerra española, se le pidió que dijera que el POUM, el mismo partido trostkista con el que Orwell luchó en la guerra, estaba al servicio de Franco. El se negó a decir esa mentira y, poco después, enviaba una carta de dimisión al Par-

tido Comunista Alemán, que terminaba, eso sí, con una declaración de lealtad a la Unión Soviética. Le costó mucho, explica en sus memorias, romper el lazo con el comunismo porque esa “religión” –o, más bien, el Socialismo en general– era la religión y esperanza de principios del s. XX, y era difícil reconocer que el régimen que uno apoyaba era el más inhumano de la historia, y reconocer esa verdad era “tan difícil psicológicamente para la mayoría de nosotros como para el hombre gótico contemplar un cielo vacío”. Una dificultad, que añade, era la misma para un campesino analfabeto que para alguien tan formado como Sartre (Koestler, 2005b: 475). Así pues, Koestler se apartó de la política activa, se convirtió en un “renegado” a ojos de sus correligionarios y escribió su célebre alegato contra el estalinismo *El cero y el infinito*, basado en los procesos de Moscú, donde se lee, entre otras cosas que “Acaso no convenía al hombre encontrarse completamente liberado de sus viejas trabas, de los frenos estabilizadores que dicen: “Tú no harás esto” y “Tú no tienes derecho a hacer esto” (Koestler, 1948: 286) y “El Infinito era una cualidad sospechosa políticamente; el “Yo”, otra cualidad sospechosa. El Partido no reconocía su existencia. La definición del individuo era: una multitud de un millón dividida por un millón” (Koestler, 1948: 284). En estos pasajes queda claro que el conflicto que había llevado a Koestler a apartarse del comunismo era de índole moral. Este régimen, al supeditar y sacrificar al hombre concreto, al individuo, en aras de abstracciones como la “humanidad”, había allanado el camino para cometer todo tipo de atropellos. Y el precepto según el cual el fin justifica los medios había lanzado a todos a plena locura. Las revoluciones, fue la conclusión de Koestler, siempre acaban degenerando.

Así pues, el escritor de origen húngaro y nacionalizado inglés terminó apartándose de la política y adoptando una postura escéptica. Incluso se llamó a sí mismo “pesimista a corto plazo”, algo que le reprocha Orwell en un ensayo sobre el escritor, en el que también le acusa de “hedonismo”⁷. No sólo se volvió escéptico con respecto a todas las utopías: también se empezó a aburrir de las ideologías y a sospechar de todas las causas (Koestler, 2005b: 517). Una vez instalado en Inglaterra, se sintió allí sus an-

⁷ El ensayo se titula *Arthur Koestler* y se encuentra en la dirección: www.george-orwell.org/Arthur_Koestler/0.html.

chas precisamente por el desprecio de los británicos hacia los sistemas e ideologías. Sin embargo, no se puede decir que su postura final fuera la de un apoliticismo semejante al de los otros autores tratados. Dejó de ser activista y revolucionario, pero fue su compromiso con unos valores –humanistas y liberales– lo que explica, además de otras causas más personales, su abandono del comunismo.

— *George Orwell: el crítico del totalitarismo que no abandona su compromiso político.*

El periodista y novelista George Orwell, al contrario que Koestler, no tuvo una vocación política temprana. Si bien su experiencia como funcionario colonial de la policía en Birmania le dejó con un sentimiento de mala conciencia y le hizo adoptar una posición crítica frente al colonialismo británico, también se desmarcaba del típico discurso anticolonialista de izquierdas pronunciado por personas que no tenían ni idea de cómo era la situación allí (Taylor, 2004: 83). Fue cuando volvió a Europa, una vez había decidido que quería ser escritor, cuando empezó su interés por las gentes que vivían en los márgenes de la sociedad, desde mendigos, vagabundos, artistas de calle, y todo tipo de pobres (*down-and-outs*), empezó a vivir con ellos –su primera experiencia fue en 1928 en París, junto a los bohemios marginales del barrio latino– y a escribir sus primeros libros, que pueden considerarse novelas de reportaje a partir de los materiales que recopilaba. Su visión de la literatura fue, desde el principio, una visión muy comprometida y sus obras primeras estaban muy cerca del periodismo: lo que pretendía el autor era acercar a sus lectores a la vida real de los más pobres. De hecho, en un ensayo sobre literatura titulado *The prevention of literature*, declaraba que la literatura en prosa es producto del racionalismo y del individuo autónomo y que la destrucción de la libertad intelectual paraliza al periodista, al sociólogo, al historiador, al novelista, al crítico y al poeta, en ese orden⁸. Como se ve, se trata de una concepción de la literatura muy parecida a la de Koestler (coloca al novelista tras el sociólogo y el historiador). Pero, volviendo a su compromiso, ese compromiso moral con los desheredados no le condujo inmediatamente a una ideología

política clara. Fue en 1936 (con 33 años) cuando Orwell se hizo socialista, pero, como él mismo explica, “más por indignación ante la vida oprimida y abandonada del sector más pobre de los trabajadores industriales que por una comprensión teórica de una sociedad planificada” (Taylor, 2004: 107). Eso sí, siempre manteniendo la distancia con respecto a los escritores marxistas quienes, a su modo de ver, “intentaban confeccionar la vida con el patrón de la ideología” (Taylor, 2004: 189).

Su etapa más activista políticamente coincide con su participación en la Guerra Civil española, la cual, al principio, le llenó de entusiasmo. En un momento de euforia llegó a decir: “he visto cosas estupendas y por fin creo de verdad en el Socialismo, en el que nunca antes había creído” (Taylor, 2004: 228). Pero, como luchó junto al POUM, el partido que fue acusado de estar al servicio de Franco y cuyo líder, Andrés Nin, fue arrestado y ejecutado, sufrió las consecuencias en su propia carne: fue catalogado como “trotskista confirmado” y, si él y su mujer se hubieran quedado en España, habrían corrido serio peligro. Es en España cuando tuvo su primera intuición de que el concepto de verdad se estaba desmoronando, que fue su preocupación central hasta el fin de su vida. Y es en España cuando empezó a ver a la Unión Soviética como una amenaza y como la encarnación del totalitarismo. Además, tras su vuelta a Inglaterra, se encontró con que era imposible publicar un artículo crítico con la actuación soviética en España: el argumento fue que “causaría problemas”. Para él estaba claro de lo que se trataba: de suprimir la verdad y la libertad de expresión por motivos ideológicos (Taylor, 2004: 243). Aunque sí pudo publicar su libro sobre la guerra *Homenaje a Cataluña*, más adelante volvería a tener problemas para publicar su alegato antisoviético *Rebelión en la granja*: incluso intervino un agente soviético, Peter Smollett, miembro del ministerio de Información, que aconsejó a Jonathan Cape que no publicara esa sátira, especialmente ofensiva por presentar a los dirigentes rusos como cerdos. Por ello, aunque por fin consiguió editar el libro que, Orwell insistía, no era sólo una sátira de la revolución soviética, sino una crítica de cualquier totalitarismo, el escritor siempre con-

⁸ Véase George Orwell (1946): *The prevention of literature*, que se encuentra en la página: www.resort.com/~prime8/orwell/preventit2.html.

denó cualquier tipo de censura, viniera de donde viniera, y fue un firme defensor de la libertad intelectual que veía seriamente amenazada.

Sin embargo, pese a su experiencia en la guerra civil española y su posición cada vez más crítica con el comunismo soviético, Orwell no se retiró de la política. Incluso se unió a un partido, el I.L.P (*Independent Labour Party*), porque seguía siendo socialista. En un escrito de 1938, *Why I join the ILP*, explica su decisión: pese a ser un escritor, dice, cuyo impulso siempre es “no meterse en política”, cree que debe hacerlo por su compromiso con la libertad de expresión que, dice, está en peligro, y cree que en un régimen socialista es donde podría estar más garantizada (Orwell, 2001:35). Pero su compromiso político no estaba exento de tensiones. Así, como señala Timothy Garton Ash en la introducción a la obra *Orwell and politics*, en *Escritores y Leviatán*, el novelista describe el dilema del escritor político como “ver la necesidad de implicarse en la política y ver también lo sucia y degradante que es la política”, a lo que añade, “un escritor sólo puede continuar siendo honesto si se libera de las etiquetas políticas” (Orwell, 2001: XVI).

Pero, más allá de su compromiso práctico con la política, lo definitorio de Orwell es que se convirtió en uno de los grandes críticos del totalitarismo en el s. XX, un escritor político que hizo de la crítica al poder, al gigantesco poder de los Estados totalitarios, el eje de su literatura. Y esa crítica, que culmina en la distopía 1984, está indisolublemente unida a su compromiso moral con la verdad, que, a su vez, es el que guía su tarea de escritor. Precisamente, una de las cosas que más le aterrorizaban del totalitarismo moderno era el hecho de que su poder se basaba en la capacidad de destruir el valor del conocimiento objetivo, en la capacidad para manipular el lenguaje –el *Newspeak* de Oceanía en 1984– y distorsionar la realidad, en la capacidad para imponer una verdad oficial en oposición a la verdad real, como hace el Ministerio de la Verdad en 1984, y, en definitiva, en la capacidad de aniquilar el pensamiento. En la línea de Tocqueville, quien, en el s. XIX, ya vislumbraba un poder nunca conocido hasta el momento, capaz de infiltrarse en la mente y doblegar el espíritu, Orwell, como buen liberal (por mucho que defendiese el socialismo), temía ese gigantesco poder desplegado por el Estado totalitario que su mente imaginaba, a partir de lo

que conocía sobre el fascismo y el comunismo, así como sobre el aparato de propaganda británica durante la guerra, con el que él había colaborado, porque atentaba contra uno de los valores más preciados: la libertad de pensamiento y expresión. De ahí que, en su distopía, una de las manifestaciones más perversas de ese poder omnímodo del régimen de Gran Hermano en Oceanía es la de reducir la capacidad de pensamiento a través del lenguaje, pues el objetivo del *Newspeak* es que el “crimen de pensamiento” (*crimethought*) se vuelva imposible. Por lo tanto, Orwell se identifica, en su calidad de literato, con el papel de defensor de la libertad intelectual y de crítico implacable del totalitarismo porque, entre otras muchísimas cosas, la vuelve imposible y ello afecta directamente a la literatura (aunque menos a la poesía que, dice, ha podido florecer en regímenes despóticos). Y ello es consustancial, sigue explicando en *The prevention of literature*, al totalitarismo, que se basa en la mentira organizada, en la falsificación deliberada y en la persecución de todos los herejes (Orwell, 1946).

Por supuesto, sus objeciones al totalitarismo no se reducían a ese punto. Como Koestler, creía que el principio según el cual el fin justifica los medios o, dicho en sus propias palabras, “todo lo que haga avanzar la causa del Partido está bien” (Taylor, 2004: 238) conducía a todo tipo de crímenes. Y él lo interpretaba como un problema moral, ligado al declive de la religión y de la creencia en la inmortalidad del alma. Puesto que ya no se cree en la otra vida, ni en ningún juicio divino, ni al hombre le importa ya lo que pueda pasar una vez que haya muerto, el camino para la autocracia totalitaria está allanado. Por eso, él pensaba que había que recuperar una actitud religiosa, incluso aceptando que después de la muerte no hay nada. Por lo tanto, su juicio contra el estalinismo estaba apoyado en preocupaciones morales que había tenido toda su vida. Lo que le distingue de Koestler, con quien tenía amistad y al que le unían muchas cosas, es que él siguió considerando hasta su temprana muerte que “en el mundo moderno nadie que pueda ser descrito como un intelectual *puede* desentenderse de la política” (Taylor, 2004: 368), eso sí, matizando que hay unas causas que objetivamente son mejores que otras; por ejemplo, en este escrito, titulado *Notas sobre el nacionalismo*, piensa que habría que hacer un esfuerzo para superar los amores y odios

nacionalistas que forman parte de la constitución del hombre medio. El compromiso del intelectual con la política era, en definitiva, una obligación moral, pero sólo cuando se defendieran causas compatibles con valores irrenunciables como la libertad o la verdad.

— *Jean-Paul Sartre: el intelectual revolucionario.*

La figura de Sartre representa el caso emblemático de intelectual *engagé*, tan comprometido con la política, que prefirió anteponer su fidelidad a la causa elegida, el comunismo, a su fidelidad a uno de los valores supremos en su filosofía: la libertad (no es que renunciara a este valor, pero su apoyo a regímenes como el soviético, el cubano o el chino demuestra que, o no quería ver, o no estaba tan comprometido con ese valor). También ejemplifica el caso del “gran intelectual” que dominó la escena francesa durante décadas, y se convirtió en un icono de la izquierda, no sólo francesa, sino de todo el mundo. De hecho, se puede decir que Sartre fue más “intelectual” que escritor. En primer lugar, porque era filósofo, un hombre de pensamiento, cuyas ideas fueron más importantes – o, por lo menos más difundidas – que sus obras literarias (algunas se convirtieron en frases conocidas por todo el mundo, como que “el hombre está condenado a ser libre”). En segundo lugar, porque Sartre se concibió a sí mismo como intelectual y desempeñó ese papel de por vida, con gran éxito de público, por cierto. Sin embargo, su compromiso político no vino hasta la época de la II Guerra mundial. De joven había abrazado el típico lema de la escena artística francesa *l'art pour l'art*, era individualista acérrimo (los otros eran el infierno), un detractor de la política y su preocupación era el absurdo de la existencia, la náusea que provocaba el mundo burgués, continuando así la tradición de Gautier y los románticos franceses de denunciar el *ennui* de la vida moderna (Herman, 1998: 339).

El giro intelectual de Sartre se produjo gracias a dos hitos que marcaron su vida: la lectura de Heidegger, primero, y la guerra, después. Heidegger le proporciona una visión de la existencia y una serie de conceptos que incorporó a su filosofía existencialista. Uno de esos conceptos era el de *Geschick*, o destino común, que, unido al de autenticidad, entendida, entre otras cosas, como integración en el “acontecer de la comunidad de un pueblo” (Zurro, 2002: 37), le llevó a la con-

clusión de que la existencia solitaria y concebida de modo solipsista es una existencia inauténtica, que el camino hacia la autenticidad pasa por los otros (Zurro, 2002: 38). El otro hito es la guerra: “La guerra dividió mi vida en dos”, diría más tarde, “De pronto comprendí que era un ser social” (Herman, 1998: 343). Comprendió, así, que los otros no eran el infierno, sino una forma de salvación, como indica Arthur Herman, y, tras la guerra, proclamó un nuevo papel para el escritor e intelectual de la posguerra (Herman, 1998: 343). Puesto que el escritor está situado en su época, tiene que comprometerse de lleno con ella. Y, como intelectual que es, debe ser capaz de colocarse en su “situación total” y convertir la contemplación en acción y poder (Herman, 1998: 345). De esta manera, el “individualista egoísta, stendhaliano”, que era como Sartre se calificaba a sí mismo antes de la guerra (Zurro, 2002: 43), se convierte en el prototipo de intelectual comprometido, con una visión muy activista de lo que significa compromiso político.

El siguiente paso en la trayectoria del filósofo-escritor fue adoptar el marxismo y arrojarlo en los brazos del Partido Comunista (aunque sólo militó durante unas semanas, mantuvo una relación muy estrecha con él). Si, antes de la guerra, se había enfrentado a la antinomia entre socialismo y libertad optando decididamente por la libertad (Zurro, 2002: 45), después intenta conciliar la libertad y el socialismo haciendo una lectura nueva del materialismo marxista, que antes había repudiado por su determinismo, incompatible con la libertad humana y la subjetividad, lo cual significa que tiene que “pensar contra sí mismo”, como indica María del Rosario Zurro (Zurro, 2002: 47), apoyándose en una frase del autor. Y, al hacerse comunista, deja de ser sólo un intelectual comprometido: se convierte en un intelectual revolucionario, que será su identidad primordial hasta el fin de sus días. Así, en una conferencia dada en Tokio y Kioto en 1965, titulada *Función del intelectual*, contrapone la figura del intelectual revolucionario, que lucha a favor de la causa universalista de la clase dominada, a la del falso intelectual, que es pseudouniversalista, porque, entre otras cosas, está en contra de la violencia que puedan ejercer los oprimidos para liberarse de la opresión (por ejemplo, poner bombas). El verdadero intelectual, el revolucionario, explica, comprende que el reformismo no es más que un discurso (Sartre, 1987: 13). En otra conferencia del mismo ciclo,

titulada *Los intelectuales*, había considerado que todos los demás intelectuales (los no revolucionarios) se dividían en dos clases: los agentes de un particularismo ideológico confesado (los nazis) y los de un particularismo disimulado (humanismo liberal, falsa universalidad) (Sartre, 1987:100). Por otro lado, en *Función del intelectual*, deja claro que el intelectual revolucionario está de acuerdo con el principio según el cual el fin justifica los medios, o, dicho en sus palabras, “todos los medios son buenos cuando son eficaces, salvo aquellos que alteren el fin perseguido” (Sartre, 1987: 122). Como es patente, su concepción sobre la misión del intelectual le colocaba en contra de todos aquellos que, como Koestler u Orwell, pensaban que el compromiso con unos valores irrenunciables, humanistas, era el más importante del intelectual. Y también su posición político-moral provocó la ruptura con Camus, en 1952, quien, como Koestler, se sentía más rebelde que revolucionario, pensaba que la misión de los hombres de pensamiento era no estar nunca del lado de los que ejecutan y era un defensor apasionado de la libertad.

Por supuesto, Sartre, como no podía ser menos, aunque no abandonó el marxismo, sí hizo crítica de algunos regímenes comunistas. Al principio fue un admirador entusiasta de la URSS. Koestler relata que, en *Humanismo y terror* (1947), Sartre defendía cada medida del régimen soviético, incluyendo el pacto Stalin-Hitler, como una “necesidad histórica”, y consideraba cualquier crítica a la Unión Soviética como un acto de guerra implícito (Koestler, 2005: 492). Por cierto, que a partir de 1952, su revista *Les temps modernes* se convirtió en un órgano partidario y, entre otras cosas, acusaba de mentirosos a aquellos que, como Koestler, denunciaban la existencia de campos de trabajo en la URSS (Herman, 1998: 347). Y poco después de visitar Rusia, en 1954, había declarado que “existe en la URSS total libertad de crítica” (Herman, 1998: 347). No fue hasta la entrada de los tanques soviéticos en Budapest en 1956 que Sartre rompió con la Unión Soviética e hizo crítica del estalinismo. Pero seguía pensando que el Occidente democrático no era una alternativa y buscó en otros lugares el sustituto a la Unión Soviética, como la Yugoslavia de Tito, la Cuba de Castro, el Vietnam del Norte de Ho Chi Minh y, más tarde, la China de Mao. Cuando estalló el conflicto de mayo del 68, Sartre lo apoyó y con-

sideró que los estudiantes eran la única fuerza antiburguesa de los países occidentales.

Con todo, y pese a ser el prototipo de intelectual comprometido o revolucionario, Sartre era consciente del conflicto que suponía ser, al mismo tiempo, intelectual de origen pequeño-burgués y revolucionario que lucha por la clase obrera. Así, en su conferencia mencionada *La función del intelectual*, reconoce que el intelectual, al incorporarse a las filas de las clases desfavorecidas, se encontrará con la “desconfianza de aquellos a quienes se propone como aliado” (Sartre, 1987: 117). Además, el filósofo también reconoce en la misma conferencia que, por mucho que la praxis lo integre al movimiento proletario, éste no estará nunca totalmente dentro, ni totalmente fuera (Sartre, 1987: 121). Y acaba sosteniendo que el intelectual resulta siempre sospechoso (tanto para las clases obreras como para la clase dominante) y se siente a la vez solidario y excluido, puesto que continúa en conflicto latente con el poder político. Esta reflexión la remata con la afirmación de que el intelectual “es en todas partes *inasimilable*” (Sartre, 1987: 123). Como se ve, por muy intelectual revolucionario que fuera, Sartre se daba cuenta de que el intelectual era un cuerpo extraño en la política y que, por muy estrechas que fueran sus relaciones con ella, siempre habría una distancia y una desconfianza mutuas.

3. A MODO DE CONCLUSIÓN

La primera conclusión a la que se puede llegar después del análisis de los casos seleccionados desarrollado en el punto anterior es que las relaciones de los escritores con la política, en una época especialmente convulsa y en la que existían ideologías que prometían la salvación de la humanidad (o de una nación), estuvieron marcadas por la atracción y la participación entusiasta, en el caso de aquellos escritores más identificados con la figura del intelectual comprometido de la tradición dreyfusista, pero también, en algún caso, por el distanciamiento una vez que descubrían las consecuencias moralmente perversas que la aplicación de una ideología revolucionaria llevaba consigo. Por otro lado, se ha visto cómo los escritores que se identificaban más con la figura del artista de la tradición romántica elegían una posición apolítica o antipolítica o un activismo revolucionario

(en este caso de derechas), siempre y cuando se pudiera participar en una acción política que integrara a los hombres en una comunidad carismática, como en el caso de la guerra. Pero también se ha visto que las posturas adoptadas por cada escritor tenían muchos matices y que algunos de ellos sufrieron una evolución que les llevó de una postura a la contraria, como ejemplifica más claramente el caso de Thomas Mann, o que les llevó a revisar profundamente su pensamiento y relación con la política, como muestran los casos de Jünger o de Koestler.

En todo caso, lo que aparece como un elemento común es el carácter conflictivo de la relación del escritor con la política. Como indica Edward W. Said, el escritor-intelectual tiene que hacer equilibrios constantes entre la soledad y el alineamiento (Said, 1996: 39), entre la necesidad de comprometerse con una causa y su compromiso con la verdad, entre la independencia intelectual y ética y la toma de partido, entre el uso de un lenguaje político y la voluntad de desmascarar el lenguaje político en cuanto que hace que, como decía Orwell, “las mentiras parezcan verdades y los asesinatos acciones respetables” (Said, 1996: 43), y, por último, y no menos importante, entre la necesidad de mantener una distancia crítica frente a la realidad –sin distanciamiento no es posible la labor del intelectual– y el impulso y anhelo de pertenecer a una colectividad, a una comunidad que salve al escritor de la experiencia de desarraigo y extrañamiento a la que está tan expuesto por su condición relativamente desligada o “*freischwebend*” (libremente flotante), según el célebre calificativo de Alfred Weber que Mannheim utilizó para indicar la situación desclasada del intelectual, y que coloca al escritor en una situación de “falta de hogar” o *Homelessness*, por utilizar un término utilizado por Berger (Berger y Kellner, 1979), casi permanente⁹.

Pero si el anhelo de hogar y de unirse a un movimiento o ideología que proporcione la seguridad y el sentido (e, incluso, la fe) que al es-

critor le falta puede echar a muchos escritores en los brazos de movimientos políticos poco o nada democráticos, muchos escritores se dieron y siguen dando cuenta de que su tarea literaria está indisolublemente unida a la democracia, que es el régimen que garantiza mejor la libertad de expresión y las condiciones para ejercer la crítica, que es una de las labores principales que se impone, al menos, el escritor identificado con la figura del intelectual. Y lo que también parece claro es que la condición habitual del intelectual es un cierto grado de alienación: no podrá ser nunca como los otros hombres; la crítica y el distanciamiento siempre serán su marca, de manera que siempre estará en la sociedad sin ser plenamente de ella (o en la política sin estar del todo integrado en ella, tal y como el propio Sartre reconocía). Como bien indica Coser, citando palabras de Bell, un cierto grado de extrañamiento es precondition para desempeñar el papel del intelectual (Coser, 1997: 360). Pero, similarmente, continúa el sociólogo, los intelectuales pueden ser altamente críticos con su sociedad porque están intensamente comprometidos con sus aspiraciones principales. Por lo tanto, distanciamiento y compromiso no sólo no son antitéticos, sino que se complementan. Pero el compromiso, como se ha visto, puede tomar muchas formas, y la forma que más puede interferir con la tarea del escritor o la del intelectual es la del compromiso sectario o partidista que impida la libertad de pensamiento y limite las facultades críticas. Lo que en la actualidad resulta más común es la figura del escritor-intelectual que se compromete con los problemas de su tiempo, pero manteniendo una posición independiente, aunque sigue habiendo escritores que se adhieren a una ideología del tipo que Koestler llamaba “sistema cerrado” de por vida, así como los hay que siguen manteniendo la separación absoluta entre literatura y política, si bien la concepción romántica del escritor-artista encerrado en su torre de cristal hoy es minoritaria.

BIBLIOGRAFÍA

- BALL, Hugo (1956): *Hermann Hesse*, Berlín/Frankfurt, Suhrkamp.
BENDA, Julien ([1927](1974)): *La traición de los intelectuales*, Buenos Aires, F.C.E.
BERGER, P.L., Berger, B. y Kellner, H. (1979): *Un mundo sin hogar. Modernización y conciencia*, Santander, Sal Terrae.

⁹ Esta cuestión la he tratado en profundidad en mi artículo mencionado (1998).

- COSER, Lewis ([1965](1997)): *Men of ideas*, Nueva York, Free Press.
- ESPARZA, José Javier (2006): “Las figuras de Ernst Jünger: el soldado, el trabajador, el emboscado, el anarca” en Wene-ger, Henning, H. (Ed.): *Ernst Jünger y sus pronósticos del Tercer Milenio*, Madrid, Editorial Complutense.
- FINKIELKRAUT, Alain (2006): *Nosotros, los modernos*, Madrid, Ediciones Encuentro.
- FRAGA, Luis (2006): “Ernst Jünger y su visión del poder”, en Wene-ger, H.(Ed.) Ib.
- HERF, Jeffrey (1990): *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, México, F.C.E.
- HERMAN, Arthur (1998): *La idea de decadencia en la historia occidental*, Barcelona, Andrés Bello.
- HESSE, Hermann (1957): *Betrachtungen und Briefe*, Berlín/Frankfurt, Suhrkamp.
— (1974): *Der Steppenwolf*, Frankfurt, Suhrkamp.
- HUGHES, H.Stuart (1972): *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo 1890-1930*, Madrid, Aguilar.
- JULIÁ, Santos (1993): “Intelectuales: del compromiso a los medios”, en Tusell, J., Lamo de Espinosa, E., Pardo, R. (Eds): *Entre dos siglos. Reflexiones sobre la democracia española*, Madrid, Alianza.
- JÜNGER, Ernst ([1932](1993)): *El trabajador. Dominio y figura*, Barcelona, Tusquets.
- KARST, Roman (1974): *Thomas Mann. Historia de una disonancia*, Barcelona, Barral.
- KOESTLER, Arthur (1947): *El cero y el infinito*, Barcelona, Destino.
— (2005a): *Arrow in the blue*, Londres, Vintage.
— (2005b): *The invisible writing*, Londres, Vintage.
- KURZKE, Hermann (2004): *Thomas Mann. La vida como obra de arte. Una biografía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, S.A.
- LAWRENCE, D.H. (1932): *The letters of D.H. Lawrence*, Ed. Aldous Huxley, Londres, Heinemann.
— (1970): *Phoenix*, Londres, Heinemann.
— (1971): *Movements in european History*, Oxford, Oxford University Press.
- MANN, Thomas (1980): *Relato de mi vida*, Madrid, Alianza.
— (1986): *Schopenhauer, Nietzsche, Freud*, Barcelona, Plaza y Janés.
- MANNHEIM, Karl (1987): *Ideología y utopía*, México, F.C.E.
- MARTÍNEZ SAHUQUILLO, Irene (1994): “William Morris y la crítica a la sociedad industrial: una síntesis singular de radicalismo romántico y marxismo”, *REIS* 66, 171-180.
— (1998): “Anomia, extrañamiento y desarraigo en la literatura del SXX: un análisis sociológico”, *REIS* 84, pp. 223-242.
— (2001): *La revuelta contra la civilización industrial: D.H. Lawrence y el romanticismo antimoderno*, Madrid, CIS.
- MICHELS, Volker (Ed) (1979): *Hermann Hesse: sein Leben in Bildern und Texten*, Frankfurt, Suhrkamp.
- NEUMANN, Eckhard (1992): *Mitos de artista. Estudio psicohistórico sobre la creatividad*, Madrid, Tecnos.
- K, George (1946): *The prevention of literature*, www.resort.com/~prime8/Orwell/preventlit2.html.
— (2001): *Orwell and Politics*, Londres, Penguin.
- SAID, Edward W. (1996): *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós.
- SARTRE, Jean-Paul (1987): *Escritos políticos 3. El intelectual y la revolución*, Madrid, Alianza.
- TAYLOR, D.J.(2004): *Orwell. The life*, Londres, Vintage.
- WEBER, Max (1979): *El político y el científico*, Madrid, Alianza.
- WOHL, Robert (1979): *The generation of 1914*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- ZURRO, María del Rosario (2002): *Sartre ¿Pensar contra sí mismo?*, Universidad de Valladolid.